

**Historia de la Psicología.  
Cátedra I (cod. 118).**

**Módulo V (Segunda Parte).**

**LA INCIDENCIA DEL ESTRUCTURALISMO  
FRANCÉS EN LA PSICOLOGÍA ARGENTINA  
(1964-1976).**

*Luciano Nicolás García.*

**2019**

## **Unidad V: La psicología en la Argentina (1900-1983).**

En otros textos de este programa se ha señalado que la producción, circulación y recepción de saberes de las disciplinas “psi” entre diferentes tiempos y geografías dista de ser un proceso lineal y autoevidente. Del conjunto de saberes y técnicas disponibles y en circulación en un momento dado, solo algunas se implantan en cada contexto, producto de la intervención de factores no directamente vinculados a la organización disciplinar. En este módulo se delimitará un período específico de la historia de la psicología, psicoanálisis y psiquiatría en la Argentina, con énfasis en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires (UBA), para retomar el tópico de la recepción y analizar el modo en que el estructuralismo francés fue apropiado localmente. Este proceso, parte de la conformación de un campo profesional para la psicología, resultado del entrecruzamiento de planos profesionales, políticos y epistémicos –siendo los últimos los criterios con los que se considera qué teorías, métodos, evidencias, tecnología, etc. son aceptables o sostenibles y cuáles no. En particular, aquí se sostiene que la obra del filósofo estructuralista y comunista Louis Althusser resultó instrumental para que los psicólogos argentinos legitimen sus objetivos en los tres planos mencionados de manera simultánea. Se comentará brevemente el desarrollo del estructuralismo en Francia y las principales tesis de algunos de sus autores, para luego sintetizar una serie de problemas ligados a la profesionalización de la psicología en la Argentina y a partir de allí analizar la incidencia que el estructuralismo tuvo en campo “psi” local.

### **El estructuralismo en Francia**

La fórmula “estructuralismo francés” es poco precisa ya que agrupa una serie de autores muy disímiles en sus perspectivas y disciplinas de origen, es especial porque varios de ellos buscaron desmarcarse de esa referencia durante y después sus años de apogeo.<sup>1</sup> Más que una corriente intelectual definida, fue un marco de pensamiento general propuesto para diversas disciplinas, y por eso tiene muchos matices y excepciones. Aquí sólo cabe considerar aquellos autores e ideas que tuvieron una incidencia significativa en la psicología argentina, sin dejar de reconocer que es un recorte que deja afuera tópicos y figuras atendibles bajo otra perspectiva.

Con todo, hay algunos criterios que permiten acotar la dispersión de dicha fórmula. Por un lado, su ubicación geográfica y temporal. El estructuralismo francés como forma de pensamiento científico surgió y tuvo su principal desarrollo en el país galo, con un recorrido preciso en su desarrollo, auge y declive, de 1949 a 1968. Este período comprendió, entre otras cosas, la organización de un Estado de bienestar, la reestructuración del sistema educativo francés, el auge de las izquierdas, en particular el comunismo, en la vida política,

---

<sup>1</sup> Algunos autores estructuralistas que ganaron notoriedad en sus disciplinas fueron Claude Lévi-Strauss, Jacques Lacan, Louis Althusser, Roland Barthes, Michel Foucault, Alain Badiou, Émile Benveniste, Georges Dumézil, Jean-Pierre Vernant, Gérard Genette, Algirdas Julien Greimas, Noël Mouloud, y Michel Serres. Incluso figuras como Gilles Deleuze, Paul Ricoeur y Jean Piaget fueron vinculados al estructuralismo, aunque esto habla más de la plasticidad del término que de las afinidades intelectuales y científicas de estos últimos con tal marco.

y los conflictos y debates derivados de los procesos de descolonización en África y Asia (Drake, 2002). La aclaración no es banal cuando es posible ver que otras corrientes de pensamiento científico, previas y del momento, tuvieron un alcance mucho más vasto, por ejemplo, el materialismo histórico y dialéctico promovido por los comunistas tuvo alcance global, la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt tuvo un arraigo importante en EE.UU. y el positivismo lógico fue muy significativo en el mundo germano y angloparlante. Comparado a las mencionadas corrientes, su difusión fue más bien reducida y tardía. Si bien tuvo cierta circulación internacional, y llegó a ser significativo en lugares puntuales como la Argentina e Italia en las décadas de 1960 y 1970, para entonces el estructuralismo ya estaba debilitado en Francia por los fuertes cuestionamientos de otros marcos intelectuales, en particular el posmodernismo (Sapiro y Dumont, 2016).

Por otro lado, es posible hallar una serie de orientaciones básicas y postulados compartidos para circunscribir el marco de pensamiento estructuralista (cf. Milner, 2003; Gabriel Rodríguez, 2011). En primer lugar, la pretensión de hacer que las ciencias sociales y las humanidades sean tan confiables y precisas como las ciencias naturales. Frente a la tradicional distinción, heredada de filósofos como Immanuel Kant, Wilhelm Windelband y Wilhelm Dilthey, entre ciencias nomotéticas (orientadas al estudio de la naturaleza en términos de procesos causales invariantes y formalizables) e idiográficas (orientadas al estudio de lo humano, y por ellos históricas, particularistas y dependientes de interpretación), el estructuralismo propuso un programa de formalización de las últimas. Sin dejar de reconocer las propiedades específicas del mundo humano frente al natural, el estructuralismo propuso que las ciencias sociales y las humanidades pueden ser tan rigurosas y metódicas como las naturales, ya que en ellas también es posible detectar regularidades sistemáticas en los procesos de variación social e histórica mediante la formalización de sus proposiciones y teorías. Lo que cambiaba era la disciplina modelo para la formalización; mientras que las ciencias naturales se basaban en la lógica y las matemáticas, el estructuralismo propuso a la lingüística para esa tarea. Se definió entonces el estudio del lenguaje como el nuevo suelo de pensamiento sobre los fenómenos del mundo humano, y se buscó abordarlos en términos de las reglas y posibilidades combinatorias de los elementos lingüísticos. Así, desde las acciones individuales a la conformación de culturas y comunidades, los hechos humanos se redefinían y reducían al lenguaje, al tiempo que las propiedades lingüísticas se presentaban como autónomas y precedentes a la cognición y la cultura.

En segundo lugar, el estructuralismo se opuso fuertemente a la figura de un sujeto cognoscente como productor del saber. Si son las estructuras las que determinan a los individuos y comunidades, la consciencia, la libertad y la agencia no pueden ser un fundamento para el conocimiento de las primeras. En este punto, se oponía tanto al empirismo como a la fenomenología y el existencialismo, que compartían la figura de un sujeto consciente como punto de partida para la producción de conocimiento. Se rechazó la primacía de la consciencia bajo la idea de que las estructuras no son fenómenos inteligibles perceptivamente, no pueden ser confundidas con las apariencias, es decir, los hechos sensibles accesibles a la consciencia. En este punto, el estructuralismo compartía con las ciencias naturales la asunción de que los fundamentos últimos del mundo están ordenados, organizados e interconectados de un modo no inmediatamente evidente, y pueden ser accedidos por una racionalidad que se ajuste a esas propiedades. Sin embargo, al contrario de las ciencias naturales para las cuales la evidencia empírica es necesaria para la aceptación o rechazo de las hipótesis y teorías, para el estructuralismo la formalización teórica primaba por sobre procedimientos de obtención de evidencia. La teoría era la instancia primera,

autocontenida y garante de la cientificidad; esto se debía a que para el estructuralismo, la formalización no implicaba la cuantificación, admisible para el estudio de la naturaleza, sino conformar una topología relacional, donde las posiciones y relaciones posibles de los elementos lingüísticos determinan los fenómenos y procesos humanos. El trabajo de elucidación teórica era para los estructuralistas más importante que la discusión sobre los procedimientos metodológicos o la obtención y análisis de evidencia empírica.

El antropólogo Claude Lévi-Strauss (1908-2009) fue sin duda la figura central esta corriente. Consideró que el programa de la lingüística estructural era tributario de la denominada escuela de Praga.<sup>2</sup> Ésta escuela propuso un análisis de la interacción de los fonemas, que definían como elementos microscópicos y discontinuos de las lenguas. Con tal definición era posible postular regularidades y leyes las que presentarían, según el antropólogo francés, “un grado de rigor enteramente comparable a las leyes de correlación que encontramos en las ciencias exactas y naturales.” (Lévi-Strauss 1955/1970, p. 10). Dado que la matemática que funcionaban como un lenguaje común para las ciencias naturales, el objetivo era tomarla como modelo para generar un lenguaje común en las ciencias humanas y sociales para contrarrestar la dispersión y falta de consensos:

Lo que se puede reprochar a los psicólogos experimentales de comienzos de siglo, a los economistas y a los demógrafos tradicionales, no es por cierto que utilizaran demasiado las matemáticas, sino que las utilizaran demasiado poco; que se limitaran a adoptar sus métodos cuantitativos, los cuales incluso en las matemáticas, tienen un carácter tradicional y en gran medida anticuado; y que no advirtieran el nacimiento de las nuevas matemáticas, en plena expansión actualmente, y a las que casi podría llamarse ‘cualitativas’, por paradójal que parezca este término, ya que ahora las matemáticas independizan la noción de rigor de la de medida (...). En el pasado la gran dificultad provenía del carácter cualitativo de nuestros estudios. Para darles un carácter cuantitativo había que hacerles trampa, o empobrecerlos sin remedio. Pero actualmente hay numerosas ramas de las matemáticas (teorías de los conjuntos, teoría de los grupos, topología etc.) que tienen por objeto establecer relaciones rigurosas entre clases de individuos separadas unas de otras por valores discontinuos; la discontinuidad es precisamente una de las propiedades esenciales de los conjuntos cualitativos en su relación recíproca, y en ello residía su carácter presuntamente ‘inconmensurable’, ‘inefable’, etc.” (pp. 15-17).

El psiquiatra y psicoanalista Jacques Lacan (1901-1981) se mantuvo en línea con las ideas de Lévi-Strauss y en su célebre informe para el Congreso de Psicoanalistas de Lenguas Romances, realizado en Roma en 1953, sostuvo:

Este es el problema de los fundamentos que deben asegurar a nuestra disciplina su lugar en las ciencias: problema de formalización, en verdad muy mal abordado. (...) Se ve por ejemplo, cómo la formalización matemática que inspiró la lógica de Boole, y aún la teoría de los conjuntos puede aportar a la ciencia de la acción humana esa estructura del tiempo intersubjetivo que la conjetura psicoanalítica necesita para asegurarse en su rigor (Lacan, 1966/2003, pp. 272, 276).

En términos generales, la obra de Lacan consistió en un proceso de “semiotización” del psicoanálisis: un abandono de las esperanzas de Freud de que sus ideas fuesen sustentadas

---

<sup>2</sup> Los representantes de la escuela de Praga fueron Vilém Mathesius, Roman Jakobson, Nikolai Trubetzkoy, Felix Vodička y Jan Mukařovský, entre varios otros (Doležel, 2010).

por los avances en biología y medicina, y una reconfiguración completa de las discusiones teóricas del psicoanálisis en términos de las propiedades del lenguaje. En buena medida, las polémicas de Lacan con el psicoanálisis inglés y norteamericano se ordenaron en torno a cómo deslindar del psicoanálisis las referencias biológicas y qué marcos de pensamiento resultaban adecuados para ello (Maffi, 2005). Si bien el programa estructuralista de Lacan significó un alejamiento de la postura filo-anglosajona que tuvo en la inmediata posguerra, fue de igual modo una continuación de los esfuerzos iniciados durante la Segunda Guerra Mundial a ambos lados del Atlántico para lograr una articulación entre el psicoanálisis y la psiquiatría con las ciencias sociales y las humanidades.

Otro autor insigne del marco estructuralista fue Louis Althusser (1918-1990), cuya interpretación estructuralista de las ideas de Marx le permitieron discutir tanto en términos políticos como científicos y filosóficos. Uno de sus principales objetivos fue cuestionar el humanismo que había primado en la intelectualidad francesa hasta entonces. En los términos del autor: “Al rechazar al hombre como todo fundamento teórico, Marx rechaza todo ese sistema orgánico de postulados. Echa a las categorías filosóficas de sujeto, empirismo, esencia ideal, etc., de todos los campos en los que reinaban” (Althusser, 1964/1971, p. 189). Ponía así a Marx como un opositor a la idea de que los fenómenos y la mismidad individual podían ser analizados de modo puro por la consciencia y servir como fundamentos de la filosofía. A partir de ello criticó tanto al humanismo existencialista de Jean-Paul Sartre y la fenomenología, como al marxismo humanista de los filósofos oficiales del Partido Comunista Francés (PCF), como Roger Garaudy y Lucien Sève. Bajo su mirada, Sartre y los comunistas no eran diferentes, aun cuando los segundos rechazaban por idealista al existencialismo, y Sartre cuestionase el pensamiento y accionar de los comunistas. De hecho, la oposición de Althusser al voluntarismo, el pragmatismo y el empirismo significaba poner en discusión ideas caras a la tradición comunista, como las de consciencia de clase, praxis y el materialismo histórico y dialéctico.<sup>3</sup> Todo esto siendo Althusser un filósofo afiliado al PCF – partido que nunca abandonó – y apoyaba su argumentación en citas de Lenin, Mao y Stalin. En este sentido, buscó una reforma intelectual desde el interior del partido, al cuestionar ciertos aspectos de la ortodoxia, a la vez que defendió el pensamiento de Marx de críticos externos. Por esto, a pesar de sus sucesivas polémicas con sus camaradas filósofos del partido, éstas no llevaron a quiebres internos en el PCF, ni a cambios en la dirección

---

<sup>3</sup> El materialismo histórico y dialéctico reúne una serie de principios filosóficos y metodológicos inicialmente presentes en la obra de Karl Marx y Friederich Engels. Han sido objeto de debate ininterrumpido desde fines del siglo XIX y no hay consensos plenos sobre los mismos. Dicho esto, una brevísima definición podría ser la siguiente: por una parte, el materialismo dialéctico propone que la naturaleza, las sociedades y las acciones de individuos y colectivos específicos se articulan en una realidad, la cual tiene regularidades accesibles al conocimiento. Tal realidad está sujeta a cambios constantes dado que las diferentes dinámicas de sus componentes entran en contradicción, de las cuales emergen componentes y realidades nuevas. Éstas no se suman a la realidad precedente, sino que la alteran en su constitución misma. De este modo, es un principio filosófico que busca dar cuenta de la variación en la realidad. Por otra parte, el materialismo histórico, en consonancia con lo anterior, sostiene que la historia esta motorizada específicamente por las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas (ej. recursos naturales, medios técnicos, trabajo humano) y las relaciones de producción de dichas fuerzas (ej. división del trabajo, propiedad de medios de producción, mercado). Esto resulta en estructuras socioeconómicas y superestructuras político-culturales que definen los sectores que componen las organizaciones sociales (ej. burguesía, campesinado, proletariado), y que a su vez pueden ser tipificadas según distintos períodos (ej. feudalismo, capitalismo, socialismo). De la inmensa bibliografía al respecto, aquí sólo caben unas mínimas referencias: Bhaskar (1989), Farr (1991), Thomas (2008), Petruccioli (2010) y Jameson (2013).

partidaria. Este rechazo al humanismo fue, por otro lado, compartido con varios otros autores abonados al estructuralismo y significó una impugnación a la noción de *sentido*. Por ejemplo, Foucault, ya muy lejos de sus textos de mediados de la década de los cincuentas, afirmó que “Lévi-Strauss, respecto de las sociedades, y Lacan, respecto del inconsciente, nos mostraron que el *sentido* no era probablemente más que una suerte de efecto de superficie, un brillo reflejado, una espuma” (Foucault, 1966/2017, p. 1, cursivas del autor).

Cabe atender con cierto detalle algunas de las ideas althusserianas, dada la relevancia que luego tuvieron en el escenario local y el cruce de discusiones políticas con argumentos epistemológicos. Althusser propuso la idea de un materialismo “aleatorio”, con la pretensión de liberar a la historia de cualquier determinación que no sea su estructuración fundamental, que es anónima y sin fines propios. Contrario a las ideas de otros marxistas influyentes, en particular Antonio Gramsci, rechazó toda forma de historicismo y de sujeto histórico, tanto el individuo liberal como el proletariado socialista, dado que estos introducirían teleologías que no se condicen con el estudio de las estructuras. Este antihumanismo daba paso a una temporalidad sin actores, un transcurrir de eventos dependiente de condiciones estructurales, no de la agencia de figuras específicas (Anderson, 1976/1991; Thompson, 1978/1995).

Según Althusser el humanismo era básicamente una ideología, y ésta dentro de su pensamiento estaba enfrentada a la idea de ciencia. Para él, la ideología era un sistema de representaciones históricamente determinado, que define, de modo inconsciente, cómo las personas experimentan el mundo y actúan sobre él. Es decir, una *estructura*, entendida como totalidad articulada de modos de producción, propaganda política, instituciones y regímenes sociales, que se impone como condición de posibilidad de la acción colectiva e individual por fuera del registro de la consciencia. La ideología sería esencialmente una serie de preceptos prácticos, es decir, orientaría las acciones en función de hechos y situaciones que se presentan a la consciencia como realidades autoevidentes. Marx y Engels en *La ideología alemana* (1845/1985) habían postulado una noción peyorativa de ideología, entendida como una trama de retóricas, representaciones, legislaciones e insumos culturales que distorsionan, encubren o tergiversan las realidades sociopolíticas y económicas. Para ellos, había que desconfiar de los discursos y conceptos de filósofos y políticos para analizar la realidad social. Althusser retomó esa noción peyorativa de ideología, pero invirtió su contenido: hay que desconfiar de la realidad de las relaciones sociales tal y como se nos presentan y analizar los discursos y conceptos. Desde luego, hacia mediados del siglo XIX, cuando Marx y Engels propusieron el núcleo de sus ideas, las categorías de estructura y sujeto no tenían la centralidad ni las definiciones que les dio la filosofía francesa un siglo después.

En contrapartida, para Althusser, la ciencia era una actividad fundamentalmente intelectual, desprendida de las exigencias prácticas. En su propuesta, el objetivo central de toda ciencia era producir conocimiento –que él homologaba al término “Teoría” – a partir de establecer un objeto de estudio. Cada disciplina científica sería definida por un único objeto, propio y exclusivo, que no es dado por la realidad, sino que es producto de una teorización deliberada. Mediante tal modo de producir conocimiento las estructuras podrían ser reveladas y así desmontar las ilusiones que ellas generan, sean idealistas o empiristas. Sólo de esta forma podría derribarse la ideología heredada de tiempos aristocráticos y burgueses, y fundar una nueva serie de representaciones colectivas que cambie el modo en que las personas se relacionan entre ellas y con la realidad natural del mundo. Una vez equiparadas teoría y ciencia, el conocimiento generado brindaría las bases y la guía para cambiar el mundo, sirviendo así a la revolución. Estas oposiciones entre ciencia e ideología, teoría y empiria, le permitieron homologar y rechazar por “empiristas”, y por tanto ideólogos, a autores tan

disímiles como Kant, Hegel, Husserl, Heidegger y Merleau-Ponty (Althusser y Balibar, 1969).

Althusser sostenía una idea del avance del conocimiento científico basado en “rupturas epistemológicas”, una noción retomada del filósofo de las ciencias Gastón Bachelard, y con la cual asumía deslindes radicales entre formas de pensamiento. Ejemplificó su idea de “ruptura epistémica” en los casos de Copérnico y Galileo respecto de las ciencias naturales y el cristianismo de su época. Del mismo modo, Marx habría generado un quiebre semejante en las ciencias humanas y en el pensamiento burgués. Aún más, afirmó que el “marxismo debería ser [...] el campo teórico de una investigación fundamental, indispensable al desarrollo no sólo de las ciencias de las formaciones sociales y de las diversas ‘ciencias humanas’, sino también de las ciencias de la naturaleza y de la filosofía”. (Althusser, 1964/1971, p. 181).

Si bien Althusser incluyó algunos matices en su distinción, por ejemplo, que una ciencia requería de ciertos elementos ideológicos para conformarse, durante la década de 1960 fomentó una perspectiva dicotómica del problema:

Lo que, en última instancia, está en juego en la lucha filosófica es la lucha por la hegemonía de dos grandes tendencias de las concepciones del mundo (materialista, idealista). El principal campo de batalla de esta lucha es el conocimiento científico: a favor o en contra de él. Así pues la batalla filosófica número uno se da en la frontera entre lo científico y lo ideológico (...). Una sola frase puede resumir la función maestra de la práctica filosófica: ‘trazar una línea de demarcación’ entre las ideas verdaderas y las ideas falsas. La frase es de Lenin. La misma frase resume una de las operaciones esenciales de la dirección de la práctica de la lucha de clases: ‘trazar una línea de demarcación’ entre las clases antagonicas, entre nuestros amigos de clase y nuestros enemigos. (Althusser y Balibar, 1969, pp. 9-11).

Althusser tuvo a Lacan como uno de sus referentes intelectuales y promovió que el psicoanálisis sea considerado una ciencia. Aún más, sostuvo que “la psicología (...) fue fundada por Freud” y que por tanto “la esencia del objeto que la psicología debe desarrollar, la esencia del psiquismo es el inconsciente.” (Althusser, 1964/1996, p. 40). En su modelo epistemológico, el establecimiento de un objeto científico particular y novedoso, el inconsciente en este caso, no puede ser homologado o “transaccionado” con los objetos de otras disciplinas, ya que eso lo transformaría en ideología. De hecho, consideró que el diálogo del psicoanálisis con la psicología, la psiquiatría, la sociología, la antropología, la neurología y la filosofía llevó a que éste devenga “una técnica de readaptación ‘emocional’ o ‘afectiva’, una reeducación de la ‘función relacional’ que nada tienen que ver con su objeto” (Althusser, 1964/2005, p. 79). Es decir, el ideal de pureza disciplinar basada en la demarcación de objetos de estudio sería la piedra de toque, única y suficiente, para evitar que el psicoanálisis devenga una ideología al servicio de la opresión cultural. En sus términos:

La teoría psicoanalítica puede darnos, de este modo, aquello que hace de toda ciencia una ciencia y no pura especulación: la definición de la esencia *formal* de su objeto, condición de posibilidad de toda aplicación práctica, técnica, sobre sus mismos objetos *concretos*. (...) Lacan no piensa otra cosa que los conceptos de Freud, dándoles la forma de nuestra científicidad, la única científicidad que *hay*. (pp. 91-92, cursivas del autor).

Este modo de presentar al psicoanálisis suponía ubicarlo como la disciplina modelo de la refundación epistemológica que el estructuralismo se proponía: lo que hizo Lacan con

el psicoanálisis es lo que cabría hacerse en el resto de las disciplinas, en particular la primacía de la formalización teórica por sobre los procedimientos metodológicos y de aplicación de los saberes. Del mismo modo, si sólo el psicoanálisis de Lacan cumple plenamente con los criterios de cientificidad, toda otra disciplina “psi” es ideológica y solo resta subsumirla al conocimiento psicoanalítico o sino rechazarla. En otro plano, Althusser también recurrió a Lacan para polemizar con la ortodoxia del PCF, que desde 1949 rechazaba al psicoanálisis por considerarlo como una teoría idealista y pseudocientífica al servicio de la propaganda cultural norteamericana (Roudinesco, 1993, pp. 49 y ss.). La separación entre ciencia e ideología de Althusser volvía a sostener la perspectiva clásica, precisamente cuestionada por la tradición comunista, según la cual un pensamiento científico sólo es confiable si se sustrae de sus aspectos valorativos y resultados técnicos. Así, aunque denunció el purismo doctrinario de la ortodoxia comunista, su modo de argumentar propiciaba sus propias formas de purismo. Para él, todo socialismo era por necesidad científico, siempre y cuando siguiese la letra de Marx, y si el marxismo devino humanista, es decir, ideológico, es por haberse alejado de la obra de su fundador.

A partir de la segunda mitad de la década de 1960 el estructuralismo comenzó a perder terreno y muchos de los que fueron sus representantes modificaron su pensamiento. El humanismo, marxista y no marxista, volvió ocupar espacios en la política y la intelectualidad francesa; el pensamiento posestructuralista y posmoderno irrumpió en la escena y rechazó cualquier sistema filosófico o epistemológico centrado en un criterio de verdad; las movilizaciones obreras y estudiantiles que eclosionaron en mayo de 1968 mostraron que la autonomía, la voluntad y la agencia política no podían ser adecuadamente pensadas por el estructuralismo, lo que conllevó un fuerte descrédito a esa corriente y una crítica abierta a sus referentes, para entonces representantes de los elitismos académicos (Dosse, 1992/2004). Lévi-Strauss insistió en que era necesario que las ciencias humanas no retrocedan en su búsqueda de rigor epistemológico, pero el propio desarrollo de su obra pareció minar su propuesta estructuralista para tal fin (Sazbón, 1993/2009). Lacan también se distanció paulatinamente del marco estructuralista, en parte por modificaciones sustanciales en sus teorías, en particular alrededor de la noción de sujeto, aunque persistió en el gesto de reivindicar el poder formalizador del lenguaje y todavía en 1973 afirmaba: “La formalización matemática es nuestra meta, nuestro ideal. ¿Por qué? Porque sólo ella es matema, es decir transmisible íntegramente” (Lacan, 1973/2006, p. 144). Otros se despegaron completamente el programa, como el caso de Foucault, quién a partir de 1969 su estudio de las discontinuidades en los saberes lo llevó a abandonar las continuidades de las estructuras; para 1977 afirmó “el estructuralismo ha sido el esfuerzo más sistemático para evacuar el concepto de suceso (...) de toda una serie de ciencias e incluso, en el límite, de la historia. No veo pues quién puede ser más antiestructuralista que yo” (Foucault, 1977/1992, p. 182). Althusser, por su parte comenzó un proceso de autocrítica que lo llevó a abandonar muchas de las posturas de la década de 1960, y reformular fuertemente su concepción marxista, incluso adoptando posturas que previamente había rechazado, como reconocer que la obra de Marx no había generado una “ruptura epistemológica”. Para 1984 dijo: “de alguna manera erramos en el blanco, en tanto no le dimos a Marx la mejor filosofía que convenía a su obra. Le dimos una filosofía dominada por el ‘aire del tiempo’, de inspiración bachelardiana y estructuralista que, aunque sí da cuenta de una serie de aspectos del pensamiento de Marx, no creo que pueda ser llamada una filosofía *marxista*.” (Althusser, 1998, p. 26).

El estructuralismo no logró fundar una epistemología definitiva para las ciencias humanas por problemas en el proyecto mismo. Hubo demasiados desacuerdos sobre aspectos

filosóficos básicos y muchas diferencias entre los problemas de cada disciplina. Para empezar la definición misma de estructura, de la cual nunca quedó claro cuál era su estatuto metodológico, dado que ocupaba al mismo tiempo el lugar de un presupuesto de partida y de una realidad a indagar. El estructuralismo, como otras epistemologías previas y contemporáneas, no logró delimitar cabalmente objetos, métodos y sujetos, y por ello no fue una propuesta superadora. Al igual que el positivismo lógico, con el cual compartía la idea de que era necesaria una formalización lingüística cabal, nunca logró tal propósito y tuvo dificultades para considerar qué evidencia sustentaba o complementaba la elucidación teórica derivada de dicha formalización. Este punto era crítico dado que, por el modo en que la metodología y la evidencia se subordinaban a la teoría, el estructuralismo tendía a un teoricismo fuertemente abstracto y difícilmente contrastable. La idea de que las estructuras estaban conformadas en lo esencial por reglas lingüísticas que operaban por fuera de la consciencia conllevó a concepciones empobrecidas de la psiquis, la sociedad, la cultura, la política, la historia y la economía, cuyas características no pueden ser reducidas a propiedades combinatorias plenamente autónomas de los elementos del lenguaje (cf. Deleuze y Guattari, 1972/1985; Mephan y Ruben, 1979; Bourdieu, 1987/2000; Hartssock, 1998; Deliège, 2013). Si bien autores como Lévi-Strauss y Benveniste fueron muy significativos en sus respectivas disciplinas, el estructuralismo como proyecto general para las ciencias del hombre cayó por el propio peso de sus pretensiones y fue una de las últimas epistemologías que se propuso como un marco totalizador y universalista para el conjunto de las ciencias humanas y sociales.

### **La profesionalización de la psicología en la Argentina: problemas y disputas.**

Cabe detenerse, aunque sea someramente, en el proceso de creación de las carreras de psicología en la Argentina, ya que los problemas relativos a la conformación de la identidad profesional y los ámbitos de trabajo del psicólogo local establecieron las condiciones de recepción del estructuralismo francés. La creación de una nueva carrera universitaria siempre está acompañada de una serie de decisiones institucionales y epistémicas, ninguna de ellas exentas de problemas, especialmente respecto de la psicología. Sin pretender exhaustividad, y a riesgo de cierto esquematismo, cabe enumerar las siguientes: en primer lugar, qué contenido se enseñará, cuestión que no es fácil de definir en una disciplina tan variada y dispar como la psicología; segundo, quién enseñará esos contenidos, dado que no hay un profesional preexistente, no es esperable que en cada contexto se encuentren representantes bien formados de cada una de las variadas corrientes de psicología, y usualmente los docentes provendrán de otras profesiones y disciplinas, lo que supone que hay ciertos temas y autores en los que no están formados; tercero, qué rol profesional se espera del graduado de la nueva carrera, algo nuevamente difícil de definir para la psicología, y se vuelve más problemático cuando los docentes deben ofrecer un rol profesional diferente al de sus profesiones de origen; cuarto, los aspectos legales de la nueva profesión, cómo los saberes y prácticas psicológicos se van a ajustar a los marcos jurídicos e institucionales locales, y qué tipos de derechos y obligaciones tienen tanto los nuevos profesionales como los diversos usuarios de sus servicios; y quinto, cómo las discusiones políticas de un contexto determinado van a modular los objetivos y propósitos del nuevo profesional, lo que define la agenda de problemas y las posibles articulaciones entre una disciplina y la comunidad donde actuará. En otros términos, el problema que se plantea es cómo esos profesionales pueden

devenir actores relevantes para la población, tanto para los sectores con necesidades específicas como para aquellos con poder de decisión.

Al momento de crear las carreras de psicología en la Argentina, buena parte del plantel docente provino de la medicina y la filosofía, las disciplinas que habían trabajado localmente sobre la psicología desde el siglo XIX. En particular, varios de los miembros más renovadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), como los psiquiatras Enrique Pichón Rivière y José Bleger, tuvieron una presencia importante en las carreras, por lo cual el psicoanálisis fue parte central de las tensiones entre médicos y futuros psicólogos. La situación era fuertemente paradójica ya que el psicoanálisis se presentaba como un saber importante en la formación de los psicólogos, pero la única institución que acreditaba la formación en ese saber era privada y limitada a los médicos. Sumado a esto, parte importante del sector médico-psiquiátrico –entre ellos el primer director de la carrera de psicología de la UBA, el neurólogo y psicoanalista Marcos Victoria– se opuso a que los futuros psicólogos realicen psicoterapia debido a que su falta de formación médica les impedía reconocer causas y procesos somáticos de los padecimientos mentales y por ende ofrecer diagnósticos diferenciales, etiologías y pronósticos adecuados. El punto clave es que la formación médica era necesaria para poder ejercer legalmente en el ámbito clínico. En esta situación, los roles profesionales que se le presentaban a los psicólogos eran, o bien el de filósofo, que devenía superfluo dado que ya existía una carrera para esa profesión, o bien el de clínico, brindado por los médicos, aunque les estaba vedado legalmente. Así, el rol ofrecido por la formación universitaria era un híbrido, el del médico intelectual o el de una clínica filosófica, que por una parte rápidamente constriñó a los psicólogos a los saberes y prácticas del ámbito de la salud, y por otra los puso en una situación de precariedad laboral, ya que sin habilitación legal no tenían garantías básicas para ejercer – ni podían dar garantías o tener responsabilidades legales hacia sus pacientes (cf. Vilanova, 1993; Courel y Talak, 2001; Vezzetti, 2004; Plotkin, 2006; Klappenbach, 2015).

A este escenario académico-profesional se sumaba un proceso de radicalización política en las universidades. Luego del derrocamiento de Perón, las universidades recobraron su autonomía y tanto el socialismo como el comunismo ganaron importantes espacios en la academia. Empero, en 1958 surgieron conflictos docentes y movilizaciones estudiantiles por la habilitación para crear universidades privadas, en su mayoría católicas y apoyadas por los sectores conservadores, que podían otorgar títulos habilitantes en pie de igualdad que las universidades públicas, sin mantener los mismos estándares educativos. En un plano más general, el descontento con el gobierno de Frondizi, la proscripción del peronismo y la tutela militar puso en tela de juicio la viabilidad de la democracia, y el proceso contestatario que disparó la revolución cubana en América Latina coadyuvaron a movilizar rápida y fuertemente a los sectores estudiantiles hacia posiciones de izquierda, muy especialmente en las facultades humanísticas, donde estaban la mayoría de las carreras de psicología (Buchbinder, 1997, 2005).

Considerada esta coyuntura, es posible retomar tres autores con los que ordenar una serie de problemas y debates acontecidos en el período aquí recortado: José Bleger, por un lado, y José Itzigsohn y Antonio Caparrós, por otro. Los tres eran psiquiatras y se formaron políticamente dentro del Partido Comunista Argentino (PCA), aunque Bleger además era miembro de APA, mientras que Itzigsohn y Caparrós pertenecieron a la corriente pavloviana impulsada por el PCA. Cabe precisar algunos aspectos de las obras de ellos en función de lo señalado arriba. Tres de los libros que Bleger publicó pueden ser vistos como una respuesta a los desafíos de la organización de la carrera de psicología. Su libro *Psicoanálisis y*

*dialéctica materialista* fue publicado en 1958 y buscaba dialogar principalmente con sus colegas de la APA y el PCA. Allí Bleger buscó mostrar, recuperando el proyecto del joven Politzer, que el psicoanálisis y el marxismo comunista eran compatibles, lo que permitiría pensar políticamente al psicoanálisis y complementar la teoría marxista con un plano psicológico. El texto tuvo una suerte dispar. Por un lado, no fue comentado por los psicoanalistas de la APA, quienes en general mostraban indiferencia a los temas políticos, y recibió un franco rechazo por parte de los comunistas, quienes consideraron que el texto no respondía ni a los lineamientos intelectuales del partido ni a la promoción del pavlovismo (Dagfal, 2009). Sin embargo, el libro, tuvo una reedición en 1962, sí tuvo una acogida amplia y positiva por parte de los estudiantes de psicología. En este sentido, ese libro ofrecía un modelo de articulación del pensamiento político con la actividad disciplinar y profesional. El siguiente libro de Bleger fue *Psicología de la conducta*, publicado en 1963, que era una suerte de curso general en el que se ofrecían una selección de conocimientos psicológicos básicos y se establecía la agenda de saberes pertinentes para la psicología local: psicoanálisis, psicología de la Gestalt y conductismo, primordialmente, pero también neurofisiología y psicología infantil, sumado a bases filosóficas marxistas, fenomenológicas y existencialistas, un abanico de referencias que no compatibilizaba ni con la ortodoxia kleiniana de la APA ni con la comunista. En 1966 publicó *Psicohigiene y psicología institucional*, una síntesis de cursos y clases que dio entre 1962 y 1965. Allí ofreció un rol profesional que parecía solucionar la encerrona en que se encontraban los estudiantes y primeros profesionales. Bleger proponía que los psicólogos no debían dedicarse a la clínica, sino a la prevención de enfermedades mentales; en lugar de intentar recuperar a los individuos ya afectados con psicopatologías, debían intervenir grupos y comunidades para que no las adquirieran. Este modelo, semejante al del “area psychiatrist” propuesto por William Menninger y Lacan en la inmediata posguerra, salvaba del impedimento legal a los psicólogos para ejercer psicoterapia individual, sin impedirles el trabajo en el área de la salud mental en dispositivos colectivos. Además, Bleger propuso que los psicólogos, bajo este rol, no debían formarse en el psicoanálisis tradicional, sino en un psicoanálisis “operativo”, articulado con otras formas de psicología, por lo que sólo necesitarían una formación sobre aspectos puntuales de la teoría psicoanalítica y la formación clínica más tradicional de la APA devenía irrelevante, también salvando así la cuestión de quién podía o no ser miembro de esa institución. La distinción de Bleger de los roles de los psiquiatras y los psicólogos buscaba mostrar una posible complementariedad de la división del trabajo: los psiquiatras, mejor entrenados para atender caso por caso patologías, muchas veces irreversibles, ya eran de por sí un recurso humano insuficiente para dar cuenta de esta demanda, mucho menos objetivos de mayor alcance; los psicólogos, que para mediados de la década de 1960 eran mucho más numerosos que los psiquiatras, podían dirigir sus esfuerzos a una psicoprofilaxis que disminuiría la prevalencia de las psicopatologías a mediano y largo plazo, aliviaría el trabajo de los psiquiatras y conllevaría con ello una modificación de un sistema de salud mental a nivel nacional. Bleger, aunque consideraba que debía permitirse legalmente que los psicólogos ejerzan la psicoterapia, fue taxativo respecto de lo ocioso de que los psicólogos reprodujesen el modelo clínico habitual:

*El psicólogo no debe ser alentado a ser terapeuta, y pienso que si las carreras de psicología se dan, como misión fundamental, la formación de psicoterapeutas, en ese caso y desde el punto de vista social, las carreras de psicología constituyen un fracaso. Los psicólogos deben ser orientados profesionalmente al campo de la psicohigiene, se les debe munir [sic] de los*

conocimientos e instrumentos necesarios para actuar *antes de que la gente enferme*, dentro de actividades grupales, institucionales y de trabajo en la comunidad (Bleger, 1966, p. 185, cursivas del autor).

Itzigsohn y Caparrós no publicaron tanto como Bleger, aunque ello permite destacar otros aspectos en juego. Ambos tuvieron a cargo las materias introductorias de la carrera de psicología de la UBA, Psicología I, II y III, e Itzigsohn fue elegido director de la carrera en 1964, por lo que fueron figuras muy conocidas entre los estudiantes. En términos de ideas y obras, Itzigsohn y Caparrós mantenían, como Bleger, una postura heterodoxa frente a la psicología, aunque mantenían su distancia con el psicoanálisis. Optaron por promover a psicólogos del desarrollo como Lev Vygotski y Henri Wallon, a quienes tradujeron y publicaron, psicólogos soviéticos como Sergei Rubinstein y Alexander Luria, y a psicoterapeutas soviéticos y franceses abonados a los enfoques neo-pavlovianos y los modelos dinámicos de Pierre Janet y Alfred Adler (García, 2015, 2017). Algunos de los puntos que vinculaban a Bleger, Itzigsohn y Caparrós eran la necesidad de pensar la psicología desde un marxismo comunista no ortodoxo, así como la idea de que la psicología estaba compuesta de saberes muy diversos y que era necesario un modelo que los articule en “niveles de integración”, ya que cada corriente psicológica era fuerte al analizar planos específicos de la realidad psíquica, pero cada una insuficiente como modelo general de la psiquis, y por ende resultaba necesario hallar las relaciones entre esos planos para obtener una concepción total del ser humano. Itzigsohn y su equipo docente publicaron varios textos donde abordaron el tópico (ej. Itzigsohn, Paz, Lestani y Torres, 1966), mientras que en 1964, Caparrós participó con Bleger y varios otros autores de un simposio denominado “Niveles de integración y conducta”, del cual se planificó un libro, aunque sólo Bleger publicó su texto (Bleger, 1967).

Sin embargo, tenían diferencias en el modo en que concebían la articulación del activismo político con la práctica profesional, especialmente entre Bleger y Caparrós, las que quedaron explicitadas en una mesa-debate titulada “Ideología y Psicología concreta” realizada en 1964 en la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, y en la que también participaron Enrique Pichón Rivière y León Rozitchner. Frente al fuerte activismo del estudiantado, Bleger sostuvo que los psicólogos se “automutilan” si subordinan sus saberes específicos a una agenda política, para lo cual remitió a Politzer, quien al afiliarse al PCF inmediatamente rechazó el psicoanálisis, a pesar de que poco antes lo había considerado un saber importante para la psicología. Para evitar eso, los psicólogos debían considerar a sus ideologías como un instrumento más entre otros para guiar su práctica. En otros términos, la ciencia no debía perder su autonomía frente a las agendas políticas, algo que para él había sucedido con la psiquiatría comunista. Caparrós se posicionó en la vereda de enfrente; rechazó toda postura “profesionalista” y afirmó que, si la psicología quería ser parte de cualquier tipo de proceso liberador, la ideología debía ser el punto de partida de sus saberes y prácticas. Para ello, apeló a Politzer y Wallon – quién también fue miembro del PCF y participó de la resistencia a la ocupación nazi – como dos autores que, porque estuvieron comprometidos políticamente, lograron producir saberes novedosos en filosofía y psicología, respectivamente. Bleger respondió “Wallon supo tener su posición ideológica, pero nunca se dejó atropellar, jamás se dejó anular como psicólogo” (Bleger, Caparrós, Pichón Rivière y Rozitchner, 1969, p. 21). A lo que Caparrós sostuvo: “La forma más alta de vivir es participar de la transformación de nuestra sociedad, es decir, es militar. [...] *sin la militancia es imposible realizar una verdadera comprensión y terapéutica de hombre alguno*” (p. 37, cursivas del autor). La

disputa pasaba así por dos problemas: ¿es la psicología un saber más o menos científico si incorporan las perspectivas políticas? ¿La práctica profesional debe o no estar guiada por la militancia? Sin embargo, ambos polemistas asumían que la psicología no podía ser indiferente a la realidad política, y que el marxismo era el marco de pensamiento primordial.

Para la segunda mitad de la década de 1960, Bleger, ya oficialmente expulsado del PCA, profundizó en sus ideas psicoanalíticas y apostó al activismo en la colectividad judía, luego de cuestionar las políticas soviéticas sobre el Estado de Israel y la falta de reconocimiento del antisemitismo en el bloque socialista. Itzigsohn abandonó el PCA en 1967, y por las mismas razones de Bleger, también se sumó al activismo judío, aunque en una línea diferente (Plotkin, 2011; García, 2012). Caparrós, que se había desvinculado del PCA poco antes del debate con Bleger, en 1964 se contactó en Cuba con el Che Guevara, quien le encomendó que comenzara la organización de la lucha armada en la Argentina (Anguita y Caparrós, 2006, vol. 1, pp. 89-90).

El escenario político y académico cambió drásticamente en 1966. El golpe militar del 28 de junio, y la nueva intervención de la universidad, impactaron de modo muy particular a la carrera de psicología de la UBA. Luego de la tristemente célebre “noche de los bastones largos”, casi la totalidad de los docentes de izquierda de la UBA renunciaron como forma de protesta, entre ellos, Bleger, Itzigsohn y Caparrós. Ello dejó acéfala la carrera de psicología de la UBA y con un importante faltante en el plantel docente. El interventor de la carrera, Omar Ipar, conocido por su orientación política de derecha, su tradicionalismo psiquiátrico y su rechazo a que los psicólogos realicen psicoterapia, tuvo sin embargo una decisión peculiar frente a las vacantes: decidió repartir de modo relativamente ecuánime los cargos docentes entre tres grupos: los psiquiatras afines a él, los psicoanalistas de la APA, y los psicólogos de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) (Carpintero y Vainer, 2018). Esta última había sido fundada en 1962 y fue la primera organización en representar los intereses de los nuevos profesionales. La oferta de Ipar suscitó fuertes discusiones en la asociación, dado que lo rechazaban por sus ideas y vínculos con la nueva dictadura. Sin embargo, finalmente se aceptó porque permitió, por primera vez, que psicólogos profesionales estuviesen a cargo de varias materias, es decir, que ellos mismos decidan cómo formarse, sin responder ya a otras profesiones o disciplinas. Hasta este punto, el debate sobre qué debían saber y hacer los psicólogos había tenido una fuerte presencia de los médicos, que proponían y disponían. Esta incipiente autonomía de los psicólogos, propiciada por una inesperada oportunidad en el contexto de la dictadura, se combinó con una radicalización política del estudiantado que, muy lejos de ser mitigada, se intensificó con la nueva intervención de la universidad.

## **El psicoanálisis estructuralista argentino**

Para la década de 1960 la científicidad del marxismo ya estaba instalada como tema dentro y fuera de la academia. El comunismo argentino lo había tematizado en esa clave ya en la década de 1930 y buscó insertarlo dentro del mundo académico (García, 2016). Treinta años después, la denominada “nueva izquierda” le dio aún mayor difusión pero con modelos propios, con lo que le disputaron al comunismo la representación del pensamiento científico

marxista.<sup>4</sup> Entre esos modelos estuvieron las interpretaciones estructuralistas, y entre sus divulgadores cabe mencionar a la psicóloga chilena Marta Harnecker, cuyo libro *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, una suerte de manual de marxismo fundamentado en las ideas de Althusser, fue publicado en 1969 y tuvo una amplia circulación en América Latina, al punto de ser parte de los materiales de formación de las organizaciones que impulsaban la lucha armada (Anguita y Caparrós, 2006, vol. 2, p. 341). Otro divulgador importante del estructuralismo francés fue Raúl Sciarretta, quien había sido un filósofo del PCA pero luego de romper con el partido comenzó a difundir localmente la obra de Althusser y Lacan (Ferrari, 2018). Dentro de la academia, algunos de los divulgadores más acreditados del estructuralismo fueron el filósofo y sociólogo Eliseo Verón, una figura muy visible y relevante para las diversas carreras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y el filósofo José Szabón, quien editó una colección muy difundida de libros sobre estructuralismo en la editorial Nueva Visión (Acuña, 2008; Macchioli, 2014; Starcenbaum, 2017). Cabe destacar que la divulgación local del estructuralismo ocurrió con fuerza entre 1965 y 1975, tanto en la academia como en el activismo político, precisamente el momento en que en Francia esa corriente de pensamiento estaba en pleno declive.

Por otro lado, para 1966 el psicoanálisis ya era la corriente hegemónica en la psicología local, entre otras cosas por el proselitismo de la APA, la amplia divulgación en publicaciones y medios de comunicación, así como por la legitimidad que le dieron intelectuales de diversas disciplinas (Plotkin, 2003; Vezzetti, 2016). Sin embargo, los referentes de la APA se encontraban en un momento de fuerte crítica a su institución, movilizados por los sucesivos cuestionamientos a la organización internacional del psicoanálisis por parte de un sector de izquierda denominado Plataforma Internacional y la creciente radicalización política en el ámbito “psi”, consonante con el clima político general de la universidad y la sociedad en su conjunto. Ello produjo críticas externas e internas que condujeron a que varios miembros importantes de la APA rompan con la institución, organizados en dos grupos, Plataforma y Documento. Entre ellos se contaban Marie Langer, Emilio Rodríguez, Eduardo Pavlovsky, Armando Bauleo y Hernán Kesselman; Bleger, por su parte, decidió permanecer en la APA (Plotkin y Visacovsky, 2008; Vezzetti, 2011; Carpintero y Vainer, 2018). De modo semejante al PCA, la APA introdujo saberes particulares y fue cuestionada por otros actores que buscaron disputarle el monopolio de aquellos. A la vez, luego de 1966 se profundizó una cultura de doble formación paralela entre los estudiantes de psicología. A pesar de su amplia implantación en las carreras de psicología en la Argentina, el psicoanálisis nunca tuvo una relación fluida con la instrucción universitaria y su transmisión se desdobló entre la educación formal y la enseñanza informal, siendo la segunda la que contaba con legitimidad política y epistémica, entre otras cosas porque la universidad

---

<sup>4</sup> La fórmula “nueva izquierda” reúne una serie muy dispar de organizaciones políticas y expresiones contestatarias, vinculadas por la necesidad de una revisión del marxismo, la crítica tanto al capitalismo como al comunismo soviético, y la búsqueda de prácticas revolucionarias alternativas a los modelos propuestos por los partidos socialistas y comunistas –vistos como la “izquierda tradicional”. La “nueva izquierda” tuvo por referencias a las guerrillas de Cuba y del Caribe, las revueltas anticoloniales africanas y asiáticas, los diversos movimientos tercermundistas, y el comunismo chino. En la Argentina, reunió fracciones disidentes del Partido Socialista Argentino y el PCA, el trotskismo, el guevarismo, el maoísmo, el peronismo de izquierda, el cristianismo tercermundista, entre otros sectores políticos. Para una discusión sobre la “nueva izquierda” argentina véase, entre muchos otros, Altamirano (2011) y Tortti, Chama y Celentano (2014).

no contaba con una genuina autonomía.<sup>5</sup> Ello hizo que la carrera en sí devenga progresivamente un requisito para obtener un título, mientras que el conocimiento valioso quedaba descentralizado en grupos de estudio, seminarios, instituciones privadas y el análisis didáctico propio. Es dentro de esta dinámica que la figura de Oscar Masotta pudo hacerse relevante; sin terminar su carrera de filosofía, Masotta devino una figura reconocida por su participación en revistas culturales y políticas, como *Contorno*, movimientos vanguardistas de arte, y sucesivos grupos de estudio sobre los autores relevantes del momento (Scholten, 2001). Esa ubicación como *outsider* de la academia y la vida partidaria lo hacía una figura atractiva para los psicólogos que desconfiaban de una universidad intervenida y de la militancia orgánica. En efecto, el primer texto importante de Masotta (1965) sobre Lacan fue publicado en *Pasado y Presente*, una revista política editada por un grupo de jóvenes intelectuales expulsados del PCA. Para la segunda mitad de la década de 1960 devino un divulgador activo de la obra de Lacan y en 1974 fundó la Escuela Freudiana de Buenos Aires, la que se sumó a un creciente número de instituciones privadas donde se obtenía formación psicoanalítica. Si se lo suma a Sciarreta, Verón y Sazbón, queda claro que el estructuralismo francés en general, y Lacan en particular, fue principalmente promovido por filósofos, sin formación en la APA ni vínculos con la psiquiatría.

Sin embargo, entonces Lacan no era aún una autoridad dentro del psicoanálisis y la psicología local; de hecho, la circulación de sus textos era limitada dado que sus *Escritos* recién fueron publicados en castellano en 1971, mientras que sus *Seminarios* comenzaron a publicarse en 1975. En rigor, fue la obra de Althusser la que transformó el modo en el que los psicólogos justificaron su apropiación del psicoanálisis y su vinculación a la política. Mediante una serie de polémicas que tuvo al filósofo del PCF como principal referente, se cristalizó una identidad profesional y se sentaron las bases para el surgimiento de un lacanismo argentino.

Una polémica que ilustra el modo en que los psicólogos abonados al estructuralismo buscaron desmarcarse de los psiquiatras fue la de Juana Danis y Roberto Harari, ambos miembros importantes de APBA, plasmada en las páginas de la *Revista Argentina de Psicología*, la publicación de la institución. Allí Danis retomaba la propuesta psicosociológica de Bleger: el psicólogo tiene que estar orientado a intervenir en modalidades grupales y comunitarias, donde “la investigación de lo inconsciente, aun cuando su tentación sea muy grande, no será reconocida como su principal misión” (p. 79), y por ello “su encuadre va a ser más elástico, más amplio, más colorido que el de su colega psicoanalista” (p. 81). Según su perspectiva, para la psicología no se trataba de ubicar al psicoanálisis como un fin en sí, sino como parte de un “bagaje instrumental” para ser aplicados a las problemáticas ligadas a cambios sociales, aun cuando ello signifique perder el “estado de pureza” respecto de cómo fueron generados por los psicoanalistas acreditados.

---

<sup>5</sup> Sobre la relación entre psicoanálisis y universidad, Freud señaló que ésta se beneficiaría de su teoría pero no podría ofrecer formación práctica al aspirante a psicoanalista; de hecho “éste puede, por su parte, prescindir de la Universidad sin menoscabo alguno para su formación” (Freud, 1918/1997, p. 158). Lacan (1970/2006) consideró que el discurso del analista era incompatible con la universidad, a la que asimiló con el discurso del amo, y Jacques-Alain Miller (1981/2002) afirmó que el discurso universitario es una simulación del saber por el saber que no pretende otra cosa que la dominación del goce. Jean Laplanche afirmó que la inserción del psicoanálisis en la universidad podía servir de “antídoto” frente al dogmatismo de las instituciones privadas, sin por ello dejar de enfatizar “la extraterritorialidad de la práctica analítica en relación a *toda* institución” (Laplanche, 2004, p. 12, cursivas del autor).

Harari se propuso responder con contundencia al texto de Danis, pero no sólo a éste. En rigor, el texto apuntaba más a responderles a los psiquiatras comunistas de la carrera de psicología que a su colega. El texto inmediatamente abría con referencias al estructuralismo francés y dejaba en claro que la psicología era fundamentalmente una ciencia humana porque lo inconsciente daba cuenta de un “pasaje de la Naturaleza a la Cultura –a la Ley del Orden de Lacan, a la Ley de Cultura de Althusser” (Harari, 1970, p. 154). Esta demarcación de las ciencias naturales implicaba diferenciarse de los psiquiatras pavlovianos y su “‘psicología’ de los perros salivadores”: “Exclusión para el psicólogo, en conclusión, de los animales (orden de lo orgánico averbal y por ende a-reglado); de lo fenoménico exclusivo (apariencial y distorsionante); de lo laboratorial (cuando totaliza lo parcial y lo artificial del experimento)” (p. 154). Esto ubicaba al estudio de lo inconsciente y al “método clínico” psicoanalítico como el punto de partida “para el quehacer del psicólogo como científico humano” (p. 157), y en este punto es donde Harari difería con Danis y su apelación al modelo profesional propuesto por Bleger. Ambos coincidían en que el psicólogo puede perfectamente trabajar como psicoanalista, pero mientras que para Danis esto podía ser complementario, para Harari era necesario, dado que la teoría psicoanalítica era “la que facultará al psicólogo tanto para la construcción del dato encuadrado en función de los objetivos, como para la consolidación de una acción técnica concorde a los mismos” (p. 157).<sup>6</sup> Para él, de la psicopedagogía clínica a la selección de personal, pasando por los grupos operativos y trabajo comunitario, todos los espacios de trabajo admitían la aplicación plena del psicoanálisis.

Sin embargo, Harari buscó destacar no tanto las aplicaciones múltiples, que no estaban cuestionadas, sino la facultad del psicólogo de producir teoría psicoanalítica con igual o mayor validez que los médicos:

En verdad, la separación de tareas y de miras que Danis desea amparar es la de la disociación del pensamiento y la acción, par indisoluble que el psicoanálisis conquistó y ofrendó para la psicología y para los psicólogos. Según la autora, en cambio, los psicoanalistas piensan y los psicólogos accionan. El grupo privilegiado –psicoanalistas– resigna sus conocimientos “puros” en sus delegados en la “realidad social”, quienes los contaminan –o corren el riesgo de hacerlo– al instrumentarlos fuera de su prístino marco de procedencia (p. 157-158).

Harari dejaba en evidencia que la propuesta de Bleger mantenía el monopolio de la producción y legitimación de saberes psicoanalíticos para la APA, y por tanto a los psicólogos sólo les quedaba el lugar de técnicos, el cual se percibía como una nueva subordinación a la medicina. La autonomía de los psicólogos pasaba por producir ellos mismos los saberes y prácticas que consideraban necesarias, dado que la construcción misma de los conocimientos brindaba legitimidad y determinaba las subsecuentes aplicaciones. Harari cuestionó entonces la jerarquía epistémica de los psiquiatras y miembros de la APA respecto del psicoanálisis, pero este cuestionamiento terminó por homologar al psicólogo con el psiquiatra, con la diferencia de que el primero no tenía aún marco legal, ni formación médica – la cual era descartada con la crítica a los modelos biológicos. Así, la clínica individual era la modalidad prototípica de trabajo, dadora de identidad profesional y legitimidad epistémica, al tiempo que la intervención colectiva en salud mental devenía secundaria o prescindible. Harari no ofrecía entonces alternativas prácticas a las de los

---

<sup>6</sup> En este punto, cabe mencionar que en 1951 se debatía en la psiquiatría francesa si los psicólogos no médicos podían realizar psicoterapia y asistir en la atención psiquiátrica, y Lacan tomó posición a favor de ello. Poco después se logró la habilitación de los psicólogos no médicos para el trabajo clínico (Ohayon, 2006).

médicos y psiquiatras psicoanalistas tradicionales, sino que buscó desplazar a la APA como un centro de acreditación, dado que representaban un psicoanálisis anglosajón que, a la luz del estructuralismo althusseriano, era visto como una ideologización de las ideas de Freud. No se trataba de que el psicólogo tenga un rol diferente, sino disputar la clínica individual a la psiquiatría mediante la postulación de un psicoanálisis superador al de la APA.

A la tensión sobre quién definía la cientificidad de la psicología y el psicoanálisis, se cruzaban también las diferencias políticas, que cobraban peso conforme se desarrollaba la década de 1970. Caparrós comenzó a pronunciarse fuertemente en contra del psicoanálisis, por una parte porque no consideraba que tuviese un estatuto científico sostenible, y por otra porque era esencialmente “contrarrevolucionario” por su base ideológica, ya que era parte del colonialismo cultural del imperialismo occidental (Caparrós, 1972; Castillo, 1971). Este posicionamiento no difería demasiado del sostenido por el pavlovismo comunista veinte años antes, pero Caparrós ahora militaba dentro de las filas del peronismo revolucionario y había vuelto a la carrera de psicología como docente de las denominadas “cátedras nacionales”, organizadas por dicha tendencia, que crecía fuertemente dentro y fuera de la universidad (Barletta y Tortti, 2002).

Esto llevó a que cuestionase a Kesselman, quien suscribía al peronismo, por hallar en el movimiento de *Plataforma Internacional* la posibilidad de vincular la izquierda nacional y el psicoanálisis. Para Caparrós, todo psicoanálisis, sea el heterodoxo de izquierda o el ortodoxo apolítico, “pese a algunos aciertos parciales está constituido y ligado indisolublemente sobre la base de (...) premisas ideológicas falsas” y por ello “el psicoanálisis y su práctica no son, ni pueden ser nunca una actividad antiimperialista”. Frente a esto, Caparrós proponía una psicología “popular y nacional”, cuyas bases ideológicas “correctas” suplanten al psicoanálisis y toda otra psicología funcionales al imperialismo (Caparrós, 1971).

Harari, ya entonces también vinculado con el peronismo, se sumó a la discusión. Desde la perspectiva althusseriana, que lo distinguía de Kesselman, desestimó las ideas de Caparrós como un “economicismo grosero” guiado por “un sentido común precientífico, intuitivo y empirista”, que no era otra cosa que un “pseudomarxismo”. Acorde al filósofo comunista francés, Harari sostuvo que un cuerpo de conocimientos científicos “está desprovisto de ideología, si es que es científico”, y por tanto “[e]s impropio pensar en ideologías falsas o verdaderas (...) son por definición falsas”. Reivindicó la cientificidad del psicoanálisis, dado que éste cuenta con un “concepto formal y abstracto del inconsciente”, y recordó con sorna que en las cátedras del excomunista se proponía “estudiar y practicar digamos por ejemplo a los psicólogos soviéticos para demostrar el ser revolucionario de un psicoterapeuta” (1971, 166-169).

Caparrós posteriormente cuestionó el psicoanálisis estructuralista en el que Harari se asentaba. En el marco de sus cátedras “Psicología General I” y “Desarrollos y silencios de la psicología en la Argentina (Fundamentos científicos de una psicología descolonizada en la Argentina)”, buscó articular ideas de autores como Wallon, Piaget, Jakobson, Luria y Vygotski con las consignas del peronismo para analizar las premisas ideológicas en las prácticas terapéuticas. Al respecto ofreció la siguiente definición: “El significado de la conducta, para el que la actúa y el que la observa e interpreta (ej. un terapeuta), depende de un origen y un sentido por más que el sujeto sea o no consciente del proceso” (Caparrós y Caparrós, 1974, p. 399). Esta definición muestra una perspectiva genético-histórica, consistente con la psicología del desarrollo europea que él promovía. Una psicología “nacional y popular” debía dar cuenta de los factores sociales locales y específicos del

proceso de individuación, sin subordinarse ni a las bases biológicas de la neurofisiología pavlovoiana, ni a las determinaciones socio-económicas del marxismo, ni a las estructuras ahistóricas y universales de los sistemas de parentesco de Lévi-Strauss. Esta perspectiva que Caparrós acentuaba era precisamente la que Althusser rechazaba como ideología. Por ello es que el psiquiatra peronista cuestionaba a su vez al filósofo comunista:

Porque la ciencia o el conocimiento científico de las condiciones de producción de la ideología no destruyen la función de la ideología, pero naturalmente la cambian cualitativamente. Que es lo que Althusser parece no ver. No se trata de sustituir la ideología por la ciencia, sino fundamentar científica y conscientemente (replanteándose continuamente en función de la experiencia) la ideología. Y a su misma vez que ésta en una sociedad sin clases o en el seno de las organizaciones revolucionarias que luchan por conquistarla, es un estribo para nuevos desarrollos científicos. En este caso la ideología no surge como mitificación, sino esclarecimiento y meta a alcanzar; y no como vivencia inconsciente sino como consciencia que guía la acción. (Caparrós y Mayer, Hugo, 1974, p. 4, 18).

Por su parte, algunos de los psicoanalistas de izquierda que rompieron con la APA, aunque encontraban interesantes ciertas ideas de Althusser y Lacan, también fueron reticentes ante la crítica de los psicólogos que impulsaban un psicoanálisis estructuralista. En el volumen *Cuestionamos*, editado por Marie Langer y que contenía los argumentos críticos contra las instituciones psicoanalíticas, se republicó el artículo de Bleger “Psicoanálisis y marxismo” de 1962 – en sí un claro apoyo a su modo de pensar la relación psicoterapia/sociedad. Allí también Gregorio Baremlitt y Miguel Matrajt advertían que también Althusser podía ser utilizado acriticamente como una “Biblia de una nueva asociación aristocrática” para desacreditar todo otro saber como meras “mistificaciones” (Baremlitt y Matrajt, 1971, pp. 138, 140). Emilio Rodríguez, en otro tono, caricaturizó las discusiones entre psicólogos y psiquiatras como “High noon in Althusser Ranch”: “una versión leninista de Río Rojo [...] todos ellos con la fachita de ser los epistemólogos más rápidos del oeste” (Rodríguez y Berlin, 1977, p. 18). Por su parte, Juan Gervasio Paz y Emiliano Galende, dos psiquiatras que no pertenecieron a la APA pero eran cercanos a Langer, cuestionaron la noción de ideología usada por los psicoanalistas estructuralistas, a la que consideraban “una desviación teorista o científista alimentada por el propio Althusser y enriquecida por algunos seguidores nacionales” (Paz y Galende, 1975, p. 27).

A pesar de estos cuestionamientos, los psicólogos no dejaron de promover el psicoanálisis estructuralista contra los posicionamientos de los psiquiatras. Harari endureció su ataque a Bleger al caracterizarlo como un “empirio-positivista de cuño fenomenológico” (Harari, 1973, p. 195). En las antípodas de la posición de Caparrós, sostuvo que el inconsciente “[e]s un objeto científico y, por ende, vale para todo tiempo, lugar, y sujeto en lo atinente a la combinatoria formal abstracta que signa su original especificidad, irreductible a cualquier otra” (Harari, 1976, p. 212). Desde tal defensa de la ahistoricidad y universalidad, tributaria de las ciencias formales y naturales, la propuesta de Caparrós es vista como un relativismo empirista inadmisibles. En la misma sintonía, Carlos Sastre, quien se había formado primero con Caparrós y luego con Masotta, publicó un libro dedicado a demoler la psicología heterodoxa provista por los psiquiatras comunistas. Frente a las diversas propuestas de Bleger de integrar el psicoanálisis con otros saberes psicológicos y psiquiátricos, sostuvo que ello “implica la necesidad de ideologizarlo, despojándolo de la científicidad que le imprime su carácter de teoría de lo estructural” (Sastre, 1974, p. 131).

Del mismo modo, el “dogma reflexológico” de la psiquiatría pavloviana resulta impugnable por el “carácter imaginario” de sus bases neurofisiológicas (pp. 96-97). En este sentido se opuso a cualquier proyecto psicológico que busque articular al psicoanálisis con otras corrientes: “Ante el peso sacralizado que tiene esta ideología en nuestro medio podemos responder con la intención de estudiar y desarrollar una ciencia del inconsciente” (Sastre, 1975, 149).

Ya para mediados de la década de 1970, el althusserianismo terminó por imponerse en el campo “psi” argentino y devino un marco de autorización incluso entre las figuras disidentes de la APA. Ello puede ejemplificarse el libro *Psicología: ideología y ciencia*. El principal artífice del libro fue Néstor Braunstein, un médico cirujano quien hacia mediados de la década de 1960 era un pavloviano, y devino psicoanalista luego de formarse con el psiquiatra comunista Paulino Moscovich y Sciarretta. En 1972 ocupó la cátedra de Psicología General en la Universidad Nacional de Córdoba con apoyo de la movilización estudiantil y allí inició una crítica a la psicología que se plasmó en el libro, el cual contó con un prefacio de Langer. Luego de recibir amenazas de la Triple A en 1974, Langer y Braunstein se exiliaron a México, donde se publicó el libro al año siguiente. A pesar de las múltiples dictaduras en América Latina por entonces, el libro tuvo una amplia circulación en la región, con más de 20 reediciones en los siguientes 40 años.

En su prefacio Langer admitió que habían recibido cuestionamientos justificados de los sectores marxistas por la falta de fundamentos científicos y políticos del psicoanálisis. Desde este punto de vista “fue Althusser quien sentó las bases para nuestro reconocimiento al ubicar a nuestra ciencia, epistemológicamente, dentro del materialismo histórico” (Braunstein, Pasternac, Benedito y Saal, 1975/1986, p. xii). El libro permitía entonces hacer frente a esos cuestionamientos y parecía superar las articulaciones previas entre psicoanálisis y marxismo. Braunstein y sus colaboradores partían de la idea de “ruptura epistemológica” según la cual el psicoanálisis y el materialismo dialéctico, en tanto ciencias, eran tan revulsivas con la ideología capitalista como la física y la química lo habían sido con el pensamiento religioso medieval. Así, la ciencia debía oponerse al mundo de las apariencias, en el cual los sectores dominantes buscan perpetuar su ideología. La psicología debía posicionarse dentro de la buena ciencia si quería ser efectiva en una política libertaria. Correspondientemente, todo saber no considerado científico devenía retrógrado, y todo sector dominante por definición no podía producir ciencia verdadera. Bajo esta lógica se cuestionó una psicología considerada “clásica”, “oficial” u “académica” por definirse a partir las apariencias de objetos mal delimitados, a saber, la consciencia y la conducta, que sólo conducen a tecnologías de “adaptación” las condiciones de explotación social. En contraposición, el psicoanálisis, que poseería un objeto bien delimitado y propio, desligado de las apariencias, debía ser para toda psicología “su infraestructura, quizá todo su fundamento”, y por lo tanto “la psicología académica sólo podría alcanzar estatura científica *al vincularse con el edificio conceptual de la teoría psicoanalítica que les marca su lugar*” (Braunstein, Pasternac, Benedito y Saal, 1975/1986, pp. 45, 61). Con la excepción de Piaget, que parecía posible subsumirlo al psicoanálisis estructuralista, ninguna “ideología psicológica” del momento merecía la menor consideración. De hecho, el resto de la psicología ya había quedado atrás y las disputa central se daba dentro mismo del ámbito psicoanalítico. Los autores señalaban que el psicoanálisis también podía ser “desnaturalizado” y reconvertido en una tecnología de “adaptación”, y sólo si se ajusta a los criterios científicos propuestos por Althusser podían contribuir a la “desujetación” de la explotación capitalista. En sus términos: “[l]a psicología también es uno de los escenarios

donde se libra la lucha de clases. Allí la teoría psicoanalítica, en tanto ciencia de los procesos de sujetación/desujeción, tiene una tarea irrenunciable que realizar” (pp. 359-360).

El libro puede ser visto como un cierre a un período de discusiones profesionales, políticas y científicas, por las posturas adoptadas y los destinos de sus autores. Althusser les brindó a psicólogos psicoanalistas locales una autorización científica y una postura contestataria, es decir, una legitimación al mismo tiempo política y epistémica. Por ello prescindieron de la psicología que los psiquiatras comunistas ofrecieron. Éstos no sólo quedaron desacreditados frente a los psicólogos, sino que por diversos motivos quedaron fuera del campo local: Bleger había fallecido en 1972, e Itzigsohn y Caparrós se exiliaron en 1976, el primero en Israel y el segundo en Madrid, donde publicó un último libro para redefinir su propuesta psicológica, ya sin referencias al peronismo, y seguir el cuestionamiento a Althusser (Caparrós y Caparrós, 1976). Sin embargo, al contrario de *Psicología: ideología y ciencia*, ese volumen tuvo una circulación ínfima fuera de España. La última dictadura argentina dismanteló las iniciativas de los psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas de izquierda, y con ello cerró el debate sobre el vínculo entre marxismo y psicoanálisis y las referencias a Althusser. Pero en términos de identidad profesional el proceso ya se había solidificado, el psicoanálisis estructuralista, con Lacan como referente casi excluyente, se impuso como un baluarte de los psicólogos, y los habilitó a apropiarse del modelo clínico como metodología fundamental para producir conocimientos y la psicoterapia como tecnología y ámbito de trabajo primordial. Esto, y la correspondiente impugnación a las psicologías que no se subordinasen a un psicoanálisis erigido ya en fundamento de toda noción de psiquis, tuvieron efectos en el campo “psi” argentino que aún perduran.

## Comentarios finales

El estructuralismo en la academia francesa se propuso una transformación de bases epistemológicas de las ciencias sociales y las humanidades, aunque en el país europeo no logró la inserción en debates políticos generales ni específicamente un impacto claro en la psicología sí tuvo en la Argentina. Esto se dio con un desfase histórico importante: cuando el estructuralismo perdía terreno en Francia, sin llegar a cumplir sus promesas científicas y con un estudiantado que lo cuestionó, fue entonces que empezó a tener un impacto significativo en la Argentina, en particular en los estudiantes y primeros graduados de psicología. En Francia, el estructuralismo no conllevó un debate sobre la identidad disciplinar y el rol profesional del psicólogo; en la Argentina sí, y esa discusión además se dio dentro una radicalización universitaria correlativa a las dictaduras y conflictos políticos latinoamericanos.

El estructuralismo fue apropiado con el propósito de reparar el déficit epistemológico que las izquierdas encontraban en el psicoanálisis, pero además devino la vía por la cual el psicoanálisis encontró nuevos referentes. Fue mediante Althusser que Lacan ganó un espacio en la psicología argentina, aunque el encumbramiento de Lacan se produjo algunos años más tarde, cuando la obra de Althusser quedó desacreditada, tanto por su recorrido intelectual y personal, como por los avatares políticos en la Argentina. Para la década de 1980, Lacan apareció como el autor central de la psicología local, pero el estructuralismo que lo introdujo –y que sigue en la base de buena parte de su obra– quedó desplazado como movimiento intelectual, y en una Argentina donde las izquierdas perdieron su peso en la política y en la academia. En este sentido, el althusserianismo fue la condición de posibilidad del lacanismo

en la psicología Argentina, si bien el segundo no quedó agotado o subsumido al primero.

El modo en que los psicólogos entonces apelaron a un psicoanálisis en clave althusseriana para definir su autonomía tuvo un reverso, el descrédito de casi la totalidad de la psicología. Por el modo en que argumentaron, los althusserianos estrecharon los problemas epistemológicos a una sola concepción científica, que debía permanecer incontaminada de otros saberes, y con ello simplificaron hasta la caricatura otras alternativas. La insistencia con la idea de “ruptura epistemológica” –por lo demás, de dudosos fundamentos históricos e historiográficos– y la oposición entre ideología y ciencia derivó en una pretendida superioridad epistémica desde la cual se establecieron criterios de demarcación sumamente rígidos. Frente a las ortodoxias comunistas y psicoanalíticas, Bleger, Itzigsohn y Caparrós buscaron promover una psicología heterodoxa, que se proponía amplia y a la vez introducía una serie de problemas clásicos de la psicología a la hora de buscar articulaciones entre saberes muy diversos. Este intento fue impugnado por una nueva ortodoxia, esta vez proveniente de un nuevo profesional, que buscó en el estructuralismo una única base con la cual definir toda psicología posible, y con eso ganar la autonomía de decidir por ellos mismos qué saberes son propios de su disciplina y cuáles no. La acusación de “empirismo” e “ideología” que Harari, Sastre y Braunstein dirigieron a sus oponentes fue claramente excesiva, pero aun así marcó el fin del proyecto de fundamentación marxista del psicoanálisis que Bleger había desarrollado por más de una década, y dejó en el camino las propuestas de Itzigsohn y Caparrós de una psicología no psicoanalítica.

La recepción del estructuralismo en la psicología argentina puede ser vista como una historia sobre la sucesiva generación de ortodoxias en el campo “psi”, y con ello las limitaciones que la psicología argentina tuvo en su búsqueda de alternativas teóricas y prácticas. En este sentido, el estructuralismo en el campo “psi” no modificó las identidades disciplinares, más bien fue parte de su cristalización: el rol del psicólogo como “clínico intelectual”, que se autoriza en el canon filosófico de Europa continental y tiene el ámbito de la salud mental como espacio de trabajo primordial. En cierto modo este rol siguió la tradición francesa de una psiquiatría formada en filosofía, cuyas principales figuras fueron Théodule-Armand Ribot y Pierre Janet; de hecho Lacan mismo encarnó ese rol y quizás fue su último representante destacado. La apropiación del psicoanálisis no fue tanto una renovación de saberes y prácticas como un esfuerzo de los psicólogos por tener igual autoridad que el médico-psiquiatra sobre el trabajo terapéutico. El estructuralismo fue instrumental para enfrentar las críticas por la falta de formación médica, y con ello desestimar la inhabilitación legal para trabajar con psicoterapia – habilitación que se logró recién en 1985, luego de casi 30 años de precarización laboral y sin una formación mejor o más amplia. El estructuralismo que se gestó localmente enfatizó la separación entre ciencias de la naturaleza y del hombre, aun cuando muchos referentes franceses creían en la posibilidad de encontrar lenguajes y conceptos comunes. Es decir, el psicólogo argentino emuló las tareas del psiquiatra con una filosofía antinaturalista y una clínica desbiologizada. Este conflicto de identidades profesionales y ámbitos de incumbencia definió fuertemente la psicología local, al punto que aún hoy esas matrices identitarias y conflictos de intereses siguen activos.

Desde el punto de vista de la historia de las ciencias y los intelectuales, el proceso de recepción del estructuralismo deja en claro que la productividad y legitimidad de un marco de pensamiento y de saberes específicos depende no sólo de sus virtudes epistémicas, que no siempre son el aspecto primordial, sino del cruce de actores, instituciones y momentos históricos que, sin ser específicos a un campos disciplinario, lo determinan y constituyen. Son las coyunturas las que definen qué saberes devienen relevantes y qué se hace con ellos,

incluso a pesar de que en su origen un saber haya perdido legitimidad. Esto puede conducir a que tanto un saber poco sostenible devenga importante en otro lugar, o que saberes sólidos no generen interés o sean rechazados por motivos no epistémicos. Las diferencias sistemáticas entre los contextos de producción y recepción no invalidan necesariamente los saberes en circulación, pero su validación tiene que darse nuevamente en el segundo, y usualmente implica problemas y actores no considerados en el primero. Esto no conlleva necesariamente a un relativismo histórico donde cada saber queda encapsulado en una coyuntura, sino que pone en el tapete que no hay validez *a priori* de un saber en diferentes lugares y momentos. Todo saber tiene una historia de producción, circulación y recepción, y eso es lo que brinda la clave para comprender por qué ciertos saberes han ganado visibilidad y crédito y por qué otros no. Dicho de otro modo, la implantación de un saber nunca resulta sólo de las “verdades” intrínsecas a éste o de la importancia de una figura canónica, por más bien justificadas que estén, sino que también depende del accionar de actores locales, que lo apropian en función de sus objetivos, de los medios disponibles, de las disputas con otros saberes y actores, y según qué capacidad tengan para dar cuenta de su propia ubicación en su contexto.

## Referencias:

- Acuña, C. (2008). *La recepción del estructuralismo francés en el campo intelectual argentino de los años sesenta*. (Tesis doctoral inédita). Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Althusser, L. (1964/1971). *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Althusser, L. (1964/1996). *Psychanalyse et sciences humaines. Deux Conférences*. Paris: Librairie Générale Française. [Traducción castellana: (2014). *Psicoanálisis y ciencias humanas*. Buenos Aires: Nueva Visión].
- Althusser, L. (1964/2005). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado – Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Althusser, L. (1998). *Filosofía y marxismo*. México: Siglo XXI.
- Althusser, L. y Balibar, E. (1969). *Para leer El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Anderson, P. (1976/1991). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (2006). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1978* (Vols. 1-2). Buenos Aires: Planeta/Booket.
- Baremlitt, G. y Matrajt, M. (1971). El estudio de la obra de Freud. En M. Langer (Comp.), *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis* (pp. 121-141). Buenos Aires: Granica.
- Barletta, A. M. y Tortti, M. C. (2002). Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria. En P. Krotsch (Org.), *La universidad cautiva: legados, marcas y horizontes* (pp. 107-123). La Plata: Al Margen.
- Bhaskar, R. (1989). Dialectics, Materialism and Theory of Knowledge. En *Reclaiming Reality. A Critical Introduction to Contemporary Philosophy* (pp. 115-145). London: Verso.
- Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleger, J. (1967). Psicología y niveles de integración. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 13(4), 325-332.
- Bourdieu, P. (1987/2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.

- Buchbinder, P. (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Braunstein, N., Pasternac, M., Benedito, G., y Saal, F. (1975/1986). *Psicología: ideología y ciencia*. Mexico: Siglo XXI.
- Campione, D. (2008). La izquierda no armada en los años setenta: tres casos, 1973-1976. En C. Lida, H. Crespo y P. Yankelevich (Comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado* (pp. 85-110). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Caparrós, A. (1971). Perspectiva Nacional – Psicoanálisis o antiimperialismo. *Revista Argentina de Psicología*, 2(9), 159-163.
- Caparrós, A., Fiedotin, M., Mayer, H. y Solanas, J. (1972). Psicoterapia, valoración e ideología. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 18(5), 307-311.
- Caparrós, A. y Caparrós, N. (1974). El problema de la interpretación del significado de la conducta. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 20(6), 395-402.
- Caparrós, A., y Mayer, H. (1974a). *La personalidad, el vínculo y el significado del comportamiento. Fundamentos científicos de una psicología descolonizada*. Buenos Aires: Tekné.
- Caparrós, A. y Mayer, H. (1974b). *Psicología, ideología y espacios simbólicos*. Buenos Aires: Orbe.
- Caparrós, A. y Caparrós, N. (1976). *Psicología de la liberación*. Madrid: Fundamentos.
- Carpintero, E. y Vainer, A. (2018). *Las Huellas de la Memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70, tomo II*. Buenos Aires: Topía.
- Castillo, B. (1971). Tercer Encuentro de Revisión Crítica de la Psicología. *Revista Argentina de Psicología*, 2(9), 151-156.
- Courel, R. y Talak, A. M. (2001). La formación académica y profesional del psicólogo en Argentina. En J. P. Toro & J. F. Villegas (Eds.), *Problemas centrales para la formación académica y el entrenamiento profesional del psicólogo en las Américas, Vol. I* (pp. 21-83). Buenos Aires: JVE.
- Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires: Paidós.
- Danis, J. (1969). El psicólogo y el psicoanálisis. *Revista Argentina de Psicología*, 1(1), 147-159.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1972/1985). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.
- Delège, R. (2013). *Une histoire de l'anthropologie. Écoles, auteurs, théories*. Paris: Points.
- Doležel, L. (2010). El estructuralismo de la Escuela de Praga. En R. Selden (Ed.), *Historia de la crítica literaria del siglo XX. Del formalismo al posestructuralismo* (pp.43-69). Madrid: Akal.
- Dosse, F. (1992/2004). *Historia del estructuralismo II. El canto del cisne, 1967 hasta nuestros días*. Madrid: Akal.
- Drake, D. (2002). *Intellectuals and Politics in Post-War France*. New York, NY: Palgrave.
- Farr, J. (1991). Science: Realism, Criticism, History. En T. Carver (Ed.), *The Cambridge Companion to Marx* (pp. 106-123). New York, NY: Cambridge University Press.
- Ferrari, F. (octubre, 2016). *Del kleinismo al lacanismo: una historia crítica del psicoanálisis en Córdoba (1957-1974)*. Trabajo presentado en la Primera Jornada de trabajo en Historia del campo “Psi”. Avances y retrocesos de la práctica, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Foucault, M. (1966/2017). *Michel Foucault. Entrevista con Madeleine Chapsal*. Traducción de Pablo Pavesi. Recuperado de <http://www.elseminario.com.ar/>
- Foucault, M. (1977/1992). Verdad y Poder. En *Microfísica del poder* (pp. 178-193). Madrid: La piqueta.
- Freud, S. (1918/1997). Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la universidad. En J. Strachey (Ed.) y J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. XVII, pp. 165-171). Buenos Aires: Amorrortu.
- García, L. N. (2012). La psiquiatría comunista argentina y el problema del antisemitismo soviético. *Políticas de la memoria*, 10/11/12, 267-274.
- García, L. N. (2015). La psiquiatría comunista argentina y las psicoterapias pavlovianas: propuestas y disputas (1949-1965). *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 3(5), 220-243.
- García, L. N. (2016). *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo*

argentino (1935-1991). Buenos Aires: Edhasa.

- García, L. N. (2017). Traducir a Henri Wallon: el comunismo argentino y la circulación transnacional de la psicología (1935-1980). En F. A. Macchioli, L. N. García, S. Benítez, A. Briolotti, G. Cardaci, y V. Molinari, *Itinerarios de la psicología. Circulación de saberes y prácticas en la Argentina del siglo XX* (pp. 131-156). Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Gentile, A. (2003). *Ensayos históricos sobre psicoanálisis y psicología*. Buenos Aires: Editorial Fundación Ross.

- Harari, R. (1970). El psicoanálisis y la profesionalización del psicólogo (a partir de “El psicólogo y el psicoanálisis de Juana Danis”). *Revista Argentina de Psicología*, 1(3), 147-159.

- Harari, R. (1971). [Psicoanálisis] [Stalinismo]. *Revista Argentina de Psicología*, 2(9), 164-169.

- Harari, R. (1973). El objeto de la operación del psicólogo. En S. Bricht, I. Calvo, F. Dimant, S. Pravaz, M. T. Calvo de Spolansky, E. Troya, J. Danis, B. Grego, I. Kauman, R. Harari, E. Musso, M. Knobel, R. Malfé, L. Ostrov, e I. Palacios, *El rol del psicólogo* (pp. 153-215). Buenos Aires: Nueva Visión.

- Harari, R. (1976). Jacques Lacan: ¿La Vuelta de Obligado o la vuelta de lo obligado? *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 23(3), 211-224.

- Hartsock, N. (1998). *The Feminist Standpoint Revisited and Other Essays*. Boulder, CO: Westview Press.

- Itzigsohn, J., Paz, J. G., Lestani, H. y Torres, N. (1966). *Estudios sobre psicología y psicoterapia*. Buenos Aires: Proteo.

- Jameson, F. (2013). *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

- Klappenbach, H. (2015). La formación universitaria en psicología en Argentina: perspectivas actuales y desafíos a la luz de la historia. *Universitas Psychologica*, 14(3), 937-960.

- Lacan, J. (1966/2003). Función y campo de la palabra. En *Escritos* (Vol I. pp. 227-310). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lacan, J. (1970/2006). *El reverso del psicoanálisis. Seminario 17*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1973/2006). *Aún. Seminario 20*. Buenos Aires: Paidós.

- Laplanche, J. (2004). Pour la psychanalyse à l'Université. *Recherches en Psychanalyse*, 1(1), 9-13.

- Lévi-Strauss, C. (1955/1970). Las matemáticas del hombre. En J. Szabón (Comp.), *Estructuralismo y epistemología* (pp. 9-23). Buenos Aires: Nueva Visión.

- Macchioli, F. A. (2014). La familia entre la neurosis y la comunicación. Reflexiones históricas sobre psicoanálisis, sistema y estructura. En L. N. García, F. A. Macchioli y A. M. Talak, *Psicología, niño y familia en la Argentina 1900-1970: perspectivas históricas y cruces disciplinares* (pp. 163-215). Buenos Aires: Biblos.

- Maffi, C. (2005). *Freud y lo simbólico*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Marx, K. y Engels, F. (1845/1985). *La ideología alemana*. Buenos Aires. Pueblos Unidos.

- Masotta, O. (1965). Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía. *Pasado y Presente*, 9, 1-15.

- Mepham, J. y Ruben, D. (Eds.) (1979). *Issues in marxist philosophy. Vol. III Epistemology, Science, Ideology*. Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press.

- Miller, J-A. (1981/2002). *Elucidación de Lacan*. Buenos Aires: Paidós.

- Milner, J-C. (2003). *El periplo estructural: figuras y paradigma*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Ohayon, A. (2006). *Psychologie et psychanalyse en France. L'impossible rencontre (1919-1969)*. Paris: La Découverte.

- Paz, J. G. y Galende, E. (1975). *Psiquiatría y Sociedad*. Buenos Aires: Granica.

- Petruccelli, A. (2010). *Materialismo histórico. Interpretaciones y controversias*. Buenos Aires: Prometeo.

- Plotkin, M. (2003). *Freud en las Pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Plotkin, M. (2006). *La privatización de la educación superior y las ciencias sociales en Argentina. Un estudio de las carreras de Economía y Psicología*. Buenos Aires: Clacso.

- Plotkin, M. (2011). José Bleger: Jew, Marxist and Psychoanalyst. *Psychoanalysis and History*, 13(2), 181-205.
- Plotkin, M. y Visacovsky, S. (2008). Los psicoanalistas y la crisis, la crisis del psicoanálisis, *Cahiers de LI.RI.CO*, 4, 149-163.
- Rodrigué, E. y Berlin, M. (1977). *El antiyo-yo*. Madrid: Fundamentos.
- Rodríguez, F. G. (2011). Afanes incumplidos del sueño estructuralista. Lenguaje, lógica y formalización en Lévi-Strauss y Lacan. En F. G. Rodríguez y M. Vallejo (Comps.), *El estructuralismo en sus márgenes* (pp. 15-77). Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Roudinesco, E. (1993). *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*. Madrid: Fundamentos.
- Sapiro, G. y Dumont, L. (2016). La diffusion internationale du structuralisme: entre appropriation et rejet. En J-F. Bert y J. Lamy (Dir.), *Résonances des structuralismes* (pp. 123-138). Paris: Editions des Archives Contemporaines.
- Sastre, C. (1974). *La psicología, red ideológica*. Buenos Aires: Tiempo contemporánea.
- Sazbón, J. (1993/2009). Razón y método. Del estructuralismo al postestructuralismo. En *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual* (pp. 107-133). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Scholten, H. (2001). *Oscar Masotta y la fenomenología. Un problema en la historia de la psicología y el psicoanálisis*. Buenos Aires: Autel/Anáfora.
- Starcenbaum, M. (2017). *Itinerarios de Althusser en Argentina: marxismo, comunismo, psicoanálisis (1965-1976)*. (Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata).
- Thompson, E. (1978/1995). *Poverty of Theory, or an orrery of errors*. London: Merlin Press.
- Thomas, P. (2008). *Marxism & scientific socialism: from Engels to Althusser*. New York, NY: Routledge.
- Tortti, M. C. (Dir.), Chama, M., Celentano, A. (Codirs.) (2014). *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Prohistoria.
- Vezzetti, H. (2004). Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias, proyecciones sobre la sociedad. En F. Neiburg y M. Plotkin (Eds.), *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 293-326). Buenos Aires: Paidós.
- Vezzetti, H. (2011). Psicoanálisis y revolución: vieja y nueva izquierda en las fracturas del psicoanálisis en los setenta. *Lucha Armada en la Argentina*, 7, 58-78.
- Vezzetti, H. (2016). *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vilanova, A. (1993). La formación de psicólogos en Iberoamérica. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 39(3), 193-205.
- Wolin, R. (2010). *The wind from the east. French intellectuals, the Cultural Revolution, and the legacy of the 1960s*. Princeton, NJ: Princeton University Press.